

—*¡Qué poco sinceras suenan algunas de sus confesiones! Por ejemplo: «La filosofía no tiene ninguna importancia. Apenas leo tampoco a los filósofos, excepto para preparar mis clases». Parecen frases calculadas para épatar desde la confortabilidad de quien es reconocido como filósofo.*

—Sin embargo, son absolutamente sinceras. Hace cinco años que no doy cursos de filosofía, estoy en disponibilidad. La filosofía ha sido mi primera pasión: he dedicado gran parte de mi vida a practicarla, a trabajar sobre sus textos. Pero hoy pienso que la vida tal cual es, el mundo tal cual es me interesan antes que los libros de filosofía. De todos modos, cuando digo que la filosofía no tiene ninguna importancia, empleo un poco una fórmula...

—*Una fórmula retórica...*

—No, tampoco es eso. En el fondo es verdad. La mejor experiencia que he tenido es ser padre de familia. Tengo tres hijos, y la vida de mis hijos me importa más que la mía, sinceramente. Pero que ellos se dediquen o no a la filosofía, sobre todo desde el punto de vista universitario, me tiene absolutamente sin cuidado. Lo que me importa de verdad es su salud, su felicidad. Por eso no hago una fórmula retórica, hablo de la verdad de mi vida. Y además creo que todos mis colegas que tengan hijos han de pensar lo mismo. Por supuesto, sí deseo que mis hijos sean lúcidos, que sean reflexivos, en definitiva, que sientan la necesidad de filosofar como una actitud existencial, porque ayuda a vivir. Pero me da igual que lean o no a Hegel, a Kant o a Heidegger.

Creo que una parte importante del genio musical de Fauré radica en su convicción de que en el fondo la música no tiene ninguna importancia frente a la potencia de la vida. Por la misma razón amo la música de Mozart, porque me infunde el sentimiento de que lo importante no es la música sino aquello que expresa, que es una forma de vivir, una experiencia de la belleza, de la emoción, de la ligereza, de la gracia. Podría decir que el mismo tipo de relación que establecen Fauré o Mozart con respecto a la música es el que yo mantengo con la filosofía. Lo que más amo de los grandes filósofos es eso que nos reenvía a la vida tal cual es, a la experiencia humana.

—*Tampoco la literatura sale mejor parada en su consideración, particularmente las novelas, que afirma no leer desde hace mucho tiempo. Evidentemente, no está de acuerdo con Mallarmé, que creía que el hombre había sido hecho para llegar al libro.*

—No puedo estar de acuerdo con esa bella fórmula de Mallarmé, que considero decadente. Mallarmé era un inmenso poeta, pero un poeta decadente. ¿Qué entiendo por artista decadente? Todo el que piensa que el arte es el fin del arte, que el arte está por encima de la vida. Se trata del arte por el arte. Yo creo que los grandes artistas son los que nos remiten siempre a la vida, los que no quieren, como Mallarmé, abolir el mundo sino extraer de él su belleza y a veces su crueldad. Ante un autorretrato de Rembrandt experimento el claro sentimiento de que para el pintor hay cosas más importantes que el arte: la vida humana, el mundo. Hay obras maestras, por supuesto, pero la pintura no es más que pintura, la poesía no es más que poesía, la novela no es más que novela. Si una obra de arte es grande se debe a que su autor nos habla a través de ella de él mismo, de los hombres, del mundo. El equivalente de Mallarmé en novela es Proust, con quien el género se repliega sobre sí mismo. Pero si me gusta enormemente Proust es por los momentos en que no habla de literatura sino del amor, de la vida, de la muerte.

Ahora bien, mi distanciamiento de la novela no es una cuestión de teoría filosófica sino de gusto: he perdido en gran parte la atracción por la ficción. He amado apasionadamente las novelas de Flaubert, pero no creo que hoy tuviera ganas de releerlas. En cambio su correspondencia sí; en ella no me cuenta una historia, me habla directamente de sí mismo, de quién es, de su vida, de sus amigos. Hoy encuentro más rica la vida real que la ficción, por eso prefiero leer las memorias, los diarios, la correspondencia de los grandes escritores antes que sus novelas.

—*¿Cómo caracterizaría el panorama de la filosofía contemporánea?*

—En primer lugar, destacaría su diversidad. Creo que hay mucho más que la dualidad de la llamada filosofía continental —cuyo origen se remonta a los presocráticos—, por un lado, y la anglosajona —filosofías analítica, del lenguaje, positivismo lógico— por el otro. De una parte, la filosofía analítica, particularmente la que se practica en los Estados Unidos, ha empezado a percibir sus propios límites; son muchos los pensadores que comprenden que es bastante estéril pasarse toda la vida desmenuzando frases. Al mismo tiempo, la filosofía continental pone en cuestión una cierta tradición de complacencia con las formas oscuras, herméticas. Así, estas dos grandes corrientes comienzan a aproximarse. La anglosajona ya no rehúye las cuestiones fundamentales de la existencia humana (hay una tendencia analítica muy importante que se ocupa de la filosofía moral) y la continental intenta renovarse con una mayor exigencia de rigor, de precisión del lenguaje, de claridad y solidez en la argumentación.

Pero hay otra característica sobresaliente de la filosofía contemporánea: su extrema dispersión. Hoy no se visualizan, prácticamente, grandes escuelas ni grandes individualidades. La última controversia relevante fue la que sostuvieron el existencialismo y el estructuralismo. Se trataba, en verdad, de dos corrientes perfectamente definidas que podían debatir entre sí. En la actualidad, hay grandes dificultades para distinguir dos o tres escuelas fundamentales con límites precisos. Nos encontramos, en cambio, con una multitud de individuos que hacen filosofía. Esta dispersión es un saludable síntoma de libertad de espíritu, pero también entraña dificultades para la confrontación. No es lo mismo el debate entre dos grandes corrientes de pensamiento que entre trescientos individuos.

—*¿Cómo se sitúa ante el concepto de posmodernidad?*

—Me deja un poco perplejo, no se trata de un concepto unívoco. En la arquitectura, por ejemplo, percibo muy bien que las tendencias posmodernas renuncian a la vanguardia y a ciertas tradiciones, pero lo hacen de una manera que podríamos llamar lúdica. Si Bofill vuelve a utilizar columnas en sus inmuebles, no es para que les sirvan de soporte sino de adorno, en función decorativa. Ahora bien, ¿qué es un pensamiento posmoderno? En general, llamaría posmoderno a todo pensamiento que renuncia a hacer de la modernidad el valor absoluto, y muy especialmente a cultivar el mito de la vanguardia. En este sentido, yo soy un pensador posmoderno. La segunda cuestión es la relación con el pasado. Cuando aparecieron mis libros, muchos se preguntaban: «¿Pero quién es este tipo que en todas las páginas habla de Epicuro o Spinoza y no dedica ni una línea a Derrida?» Y el periodismo me bautizó enseguida de posmoderno. En efecto, a mí me interesan sobre todo los filósofos antiguos, y aclaro que siento un enorme respeto por Derrida, que por cierto fue mi profesor. Pero yo no me relaciono con el pasado de un modo lúdico, decorativo, anecdótico; no adquiero ciertos elementos de Spinoza o Epicuro para jugar con ellos sino para tratar de retomar el camino de su pensamiento. Y debo decir que cuando me refiero al estilo lúdico de vinculación con el pasado no utilizo el término posmoderno en un sentido positivo.

—*Citar a Epicuro, Spinoza y Woody Allen ¿es una provocación al mundo académico?*

—No, en absoluto. Admiro a Woody Allen como cineasta, actor, autor de aforismos. Para sacar la filosofía del ambiente cerrado de los especialistas hay que considerar la vida humana en toda su multiplicidad. Al fin y al

cabo, ver películas o leer periódicos también nos pueden enseñar cosas sobre la existencia.

—*A veces parece resonar en sus textos un eco del cristianismo, no sólo el más evidente del budismo: el aprendizaje del desprendimiento, la liberación del ego, el perderse para ganarse. ¿Lo asume?*

—Sí, lo asumo. A menudo me defino como «ateo fiel». Es verdad que desde un punto de vista especulativo, conceptual, estoy mucho más cerca del budismo, pero también es cierto que he nacido en el cristianismo, he sido cristiano hasta los 18 años y finalmente está bien que asuma la dimensión no sólo de mi historia sino de nuestra historia. En una ocasión, cuando el Dalai Lama visitó Francia para dar unas conferencias, un joven se le acercó y le dijo: «Su Santidad, yo quisiera convertirme al budismo». Entonces el Dalai Lama, con inmensa sabiduría, le respondió simplemente: «¿Y por qué al budismo? Usted tiene el cristianismo, y está muy bien». Si yo me siento próximo al budismo no es por practicar una especie de exotismo, de turismo cultural. Sin embargo, intento también explorar mi propio mundo, mi tradición cultural, avanzar sobre un camino que es el mío, y no puedo dejar de reconocer ciertos valores que son cristianos. Es más: reivindico una cierta fidelidad a valores morales que son judeocristianos. Me gusta decir: «La fidelidad es lo que queda de la fe cuando ésta se ha perdido». Ciertamente, he recuperado valores que había denostado a los 18 años, cuando perdí la fe y me adherí al ideario de Mayo del 68. Después, al tener hijos, me di cuenta de que les transmitía una serie de valores morales de cuño cristiano. El famoso «Prohibido prohibir» es una fórmula moral imposible, tanto para mi experiencia de padre de familia como de ciudadano. Porque al fin y al cabo, ¿qué oponemos al fascismo y la xenofobia sino valores que son judeocristianos? Y el hecho de que yo no crea en Dios no altera la esencia de esos valores —espirituales, culturales, morales—, a los que no tenemos que renunciar porque permiten una existencia humanamente aceptable.

—*¿Es suficiente la lucidez, el conocimiento de la verdad para vivir?*

—No. En primer lugar, no nos protege de la enfermedad, por ejemplo. Luego, nadie es completamente lúcido, ni sabio, ni conoce completamente la verdad. La filosofía no es una panacea, no es una garantía contra el sufrimiento, contra la desdicha, contra la adversidad. Simplemente, si se tiene más o menos salud y suerte, la filosofía nos ayuda además, a su manera, a vivir un poco mejor.